





PLANETA

CONTEMPORÁNEO

# **SAN MATEO Y EL ÁNGEL**

MIGUEL ÁNGEL MANRIQUE

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: Departamento de Diseño Grupo Planeta  
Imagen de cubierta: Shutterstock

© 2017, Miguel Ángel Manrique

© 2017, Editorial Planeta Colombiana S. A.  
Calle 73 N° 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6466-4  
ISBN 10: 958-42-6466-4

Primera impresión: diciembre de 2017

Impreso por Editorial Bolívar Impresores S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## MIGUEL ÁNGEL MANRIQUE

Nació en 1967, en El Carmen de Bolívar, Colombia. Estudió literatura en la Universidad Nacional. Se especializó en Ciencias de la comunicación en la Universidad Autónoma de Barcelona y tiene una maestría en Educación en la Universidad Externado de Colombia.

Escritor, profesor y editor. Es autor de las novelas *Disturbio* (2009, Premio Nacional de Novela del Ministerio de Cultura 2008) y *Ellas se están comiendo al gato* (2013), así como del libro de cuentos *La mirada enferma* (2005), de los ensayos *Carlos Fuentes: una lección del tiempo y la circunstancia* (1992) y *Sobre la escritura, el sentido de leer y escribir en la universidad* (2010), y de la biografía *Salomón Lerner. Empezar de nuevo* (2016).



*Pasando Jesús de allí, vio a un hombre sentado  
al telonio, de nombre Mateo, y le dijo: Sígueme.  
Y él, levantándose, le siguió.*

MATEO 9:9





# CONTENIDO

El traductor .....	11
Cinco epístolas .....	15
El padre Sigüenza .....	19
Epístola dirigida a M. contando la verdadera historia del san Mateo .....	25
El decoro .....	31
El amor de Sofía Orsi .....	35
El mito de la educación.....	41
San Lucas pintor .....	47
El marchante de Napoleón Bonaparte.....	53
Injuria y calumnia .....	61
Su Majestad Guillermo Federico de Prusia.....	65

Cuadros de una exposición.....	69
Hombres modernos.....	75
Úrsula K.....	79
El acento de Eton.....	85
La quinta epístola.....	89
Epílogo.....	93

# **EL TRADUCTOR**



Una soleada mañana, tras varios meses de trabajo arduo, el ex sacerdote católico D. W. Feeney, sentado frente a la pantalla de una computadora, terminó la traducción al español de la última de cinco cartas apócrifas, escritas en diferentes momentos de la historia, que narran cómo se intentó salvar para la humanidad *San Mateo y el ángel*, una pintura atribuida a Caravaggio.

Míster Feeney había venido a estas tierras hacía treinta años para trabajar como misionero. Solo entonces descubrió su verdadera vocación: las letras. Muchas décadas atrás, sus padres habían emigrado de Irlanda a los Estados Unidos y se habían establecido en Boston donde trabajaron como maestros. Durante la Segunda Guerra Mundial su padre fue reclutado y enviado a Europa. En su juventud, míster Feeney regresó a Dublín y se preparó para servirle a Dios. Luego de ordenarse como sacerdote viajó a África para trabajar en las misiones y años después se trasladó a América Latina. Propagó la fe entre las comunidades más pobres del continente. Vivió en Brasil, pasó un tiempo en Perú y terminó en Colombia, donde se enamoró de una mujer y abandonó la Iglesia. Se casaron, tuvieron dos hijos y luego se separaron.



# **CINCO EPÍSTOLAS**





Ahora, míster Feeney vivía solo y rodeado de libros, en un apartamento alquilado en el quinto piso de un edificio de los años cincuenta, en el centro de la ciudad, dedicado a traducir a Joyce y a Beckett. En una de las habitaciones, había acomodado una mesa de cedro, un deslucido sofá, unas sillas plegables y una biblioteca llena de diccionarios. Esa mañana estaba acompañado de su amigo el padre Sigüenza, rector del colegio donde daba clases de español y literatura. Debo añadir, también, que era jueves.

—Concluí mi tarea —dijo míster Feeney—, y ahora quiero ver el mar.

—Justo y necesario —dijo el sacerdote—, teniendo en cuenta que están próximas las vacaciones escolares.

—Así es, querido padre Sigüenza, ser profesor suele ser una vocación agotadora. Sobre todo cuando entregamos parte de nuestra vida para que los estudiantes aprendan a conocer los secretos de la naturaleza, del arte, de la ciencia, y estén preparados para asumir la vida.

—Espero que se sienta bien recompensado, míster Feeney. Usted es uno de los mejores profesores de la institución. Me gusta su entusiasmo, su dedicación.

—Gracias, amigo. Hago lo mejor que puedo. Siempre es bienvenido un descanso, para dedicarme a lo que me gusta: leer y escribir.

—Me alegra que se pueda dedicar a sus pasiones. ¿Cómo va con la traducción de las cartas?

—Perdonaré, padre Sigüenza, que haya traicionado el estilo y la retórica original de los textos pero, comprenda usted, tengo que ser fiel al lector contemporáneo, para eso me pagan. Póngase cómodo y escuche la historia de una pintura, obra de un temperamental, infortunado, pobre y marginal creador, en un mundo difícil, entre muchachos de la vida fácil, prostitutas, gitanos, músicos y maleantes. De las cinco cartas que traduje —precisó, acercando la silla a la pantalla y acomodándose los lentes—, poseo dos originales. Hace un tiempo, su heredera final, enterada de mi curiosa investigación, me hizo llegar en unas fotocopias bastante legibles las otras tres. La más antigua la escribe y firma Sofía Orsi; un restaurador parisino de apellido Bonnemaïson, rubrica la segunda; y la princesa de Leignitz, Isabel, suscribe la tercera. Sofía Orsi, —continuó el traductor— se apasionó por la vida del artista cuando intentaba salvarlo de la muerte. El azar, el amor y su deseo de saber qué había pasado, la llevaron a Roma. Allí pasó su juventud y envejeció administrando la galería de arte de un famoso marqués.

# **EL PADRE SIGÜENZA**



**E**l padre Sigüenza escuchaba atento acomodado en el viejo sofá. Durante más de cincuenta años había sido rector de uno de los mejores colegios de la ciudad y estaba a punto de retirarse. Había hecho una labor bastante notable con el nivel académico, pues muchos de los estudiantes, que en su mayoría provenían de familias trabajadoras, habían llegado lejos en la vida. Sigüenza se enorgullecía de haber educado científicos, médicos, ingenieros, cocineros, ministros y artistas.

—¿En qué pensaba, padre?

—Mi misión en el colegio está a punto de concluir míster Feeney. Ya va siendo hora de retirarme. Pensar en su historia, me ha hecho reflexionar sobre el miedo de los padres a que sus hijos sean músicos o poetas.

—O pintores.

—He dedicado muchos años a este maravilloso ministerio. Pero no nos preocupemos por eso ahora, sígame contando sobre ese famoso pintor italiano.

—Ha hecho un buen trabajo en el colegio, padre Sigüenza.

—Gracias, míster Feeney.

—Antes de morir —continuó míster Feeney con vehemencia—, la Orsi redactó un testimonio dirigido a un tal M.

para contar su historia. Cien años más tarde, Bonnemaison, quien trabajó para Napoleón, halló el manuscrito entre dos lienzos que habían sido cuidadosamente enmarcados para que parecieran uno. Seguramente lo leyó y, antes de poner fin a su vida, lo ocultó de nuevo en una de las telas con otro mensaje que dejó escrito. Un año después, la princesa de Leignitz, mientras contemplaba la pintura, encontró las cartas de la italiana y del suicida. Compuso una tercera y envió las tres epístolas a su amante, un oscuro duque toscano. Este las heredó a sus descendientes. Uno de ellos, un inmigrante piomontés, atravesó el Atlántico, durante la época de *El Duce*, y desembarcó en Buenos Aires con las tres cartas en los bolsillos. Allí se sostuvo durante un tiempo como corrector de estilo de una revista. Convertido en bibliotecario, probablemente las guardó entre las páginas de un libro y con el paso de los días olvidó el lugar donde las había puesto. Muchos años después, una mujer las descubrió por accidente mientras ojeaba en una librería de viejo un manuscrito de los *Diálogos* de Carducho, y las compró. Cuando ella se enteró de que yo estaba tras la pista del *san Mateo*, gracias a un boletín de bibliofilia en donde publiqué mi interés por documentos referentes al tema, me comunicó que poseía unas cartas que revelaban parte de la historia. Dijo que le interesaba que las tradujera, pero quería mantener su nombre en secreto.

—Ya entiendo cómo aparecieron en sus manos —dijo el sacerdote—, ¿y quién escribió las otras cartas?

—Ahí está lo maravilloso del azar. Hace muchos años llegó el correo a casa. Mi madre pensó que mi padre, que

había ido a la guerra y que poco o nada escribía, por fin se había comunicado. Como no reconoció la letra en el sobre y la dirección no coincidía, supuso que el cartero se había confundido. Nunca devolvió la carta y nunca quiso abrirla. Mi madre no sabía alemán. Prefirió guardarla y olvidar el asunto. Yo la rescaté un día, mientras curioseaba en una caja de basura que ella iba a botar. «Es tuya», me dijo. La firmaba una mujer llamada Úrsula K. La conservé hasta cuando pude leerla. La tal Úrsula le escribía a su tío sobre la muerte de su madre durante un bombardeo y le decía que había intentado salvar una pintura. Recordé que mi padre en las reuniones familiares siempre contaba esa historia.

—¿Y la última carta? —preguntó el clérigo.

—Fue la única carta que mi padre le envió a mi madre.

«Cinco epístolas», pensó el padre Sigüenza, mientras encendía un cigarrillo. «A mi edad», se dijo, «de algo habrá que morir». Afuera se escuchaba el rumor de los carros. Míster Feeney se acomodó los lentes y leyó.